

LABERINTO

La conspiración de Pinochet para
asesinar a Orlando Letelier

Eugene M. Propper - Taylor Branch

CRÍTICA

Para mi esposa, Tina
E.M.P.

Para Christy y nuestra hija Macy
T.B.

NOTA DE LOS AUTORES

Durante mi carrera como fiscal asistente de los Estados Unidos, investigué y estuve a cargo de la acusación en muchos casos, pero ninguno fue tan problemático o desafiante, en términos profesionales y ninguno me comprometió tanto personalmente como los asesinatos, por medio de una bomba en un auto, del exembajador de Chile, Orlando Letelier y su asistente norteamericana Ronni Moffitt.

La brutalidad del crimen en sí me hubiera motivado tanto a mí, como a cualquier otro fiscal, para empeñar el máximo de esfuerzos en la resolución del caso. Pero hacer estallar una bomba por motivos políticos, en la capital de la nación, compromete a algo más que las vidas de las víctimas. Constituye también un crimen contra los Estados Unidos, porque proporciona un golpe en contra del compromiso de nuestro país en el sentido de mantener una capital abierta y segura para gente de diferentes valores y creencias políticas. Todos los investigadores que trabajaron en el caso sintieron un vivo deseo de advertir a los terroristas de que los Estados Unidos no van a tolerar tales actos.

El caso Letelier no se habría resuelto sin el ingenio y la incansable dedicación de los agentes especiales del FBI: L. Carter Cornick, Robert W. Scherrer y Larry Wack. Ellos, y también yo mismo, tuvimos la fortuna de contar con el apoyo del embajador George W. Landau, sin cuya diligencia y activa participación, todos los demás esfuerzos no habrían servido para nada. Nadie se preocupó más de este caso y trabajó con más diligencia en él que el fiscal asistente Lawrence Barcella Jr., y la causa de la justicia fue servida por muchos otros cuyos nombres figuran en este libro.

Como fiscal del caso desde el día en que los asesinatos sucedieron, tuve la extraordinaria oportunidad de trabajar con toda esta gente, o sea, de ser un participante activo tanto en la investigación como en el juicio acusatorio. Trabajé en la investigación Letelier por un tiempo superior a dos años y medio. Cuando mi responsabilidad oficial terminó en julio de 1979, pude darme cuenta de que había adquirido una desacostumbrada visión para conocer la forma en que los Estados Unidos reaccionan frente al terrorismo. Cuando los terroristas se encuentran bajo la dirección

de un gobierno extranjero y actúan en un territorio en el cual los Estados Unidos no poseen autoridad, sus actos son extremadamente difíciles de investigar, especialmente si el propio gobierno extranjero es un sospechoso potencial en estos actos.

Entonces creía y aún sigo creyendo, que el interés público se vería beneficiado al narrar la historia de nuestra investigación, de modo que los lectores puedan ver en detalle cómo trabaja el terrorismo y qué es lo que pueden y lo que no pueden hacer los investigadores en tales casos. No existe un manual de gobierno que dicte cómo proceder. Encontramos muchos obstáculos que no anticipamos e inventamos muchas de nuestras tácticas sobre la marcha. También cometimos errores. Creo que otros fiscales e investigadores criminales pueden beneficiarse de nuestra experiencia. Espero que la narración del caso Letelier sea instructiva tanto para lectores oficiales como no oficiales. Al mismo tiempo, deseo que la historia se cuente, porque me siento orgulloso de lo que logramos.

Para narrar esta historia, he querido trabajar con alguien para quien este caso significa algo personal y que, a la vez, se atreva a aventurarse en territorios que van más allá de los asesinatos de Letelier y Moffitt. Taylor Branch conocía este caso y había escrito sobre él y para él tenía un profundo significado humano; asimismo, participaba de mi punto de vista en el sentido de que este libro debía basarse en los recuerdos y las opiniones de la mayor cantidad de gente posible relacionada con la investigación. Taylor y yo entrevistamos a mucha gente y Taylor habló con muchas más personas por su propia cuenta: algunas cosas que supo fueron nuevas para mí. Casi la mitad de nuestro trabajo en colaboración la dedicamos a hacer investigación. Dos años y medio después, Taylor y yo somos más que coautores: somos amigos.

En mi calidad de exfiscal, poseo limitaciones y obligaciones especiales que no se aplican a la mayoría de los autores. Muchas dependencias del Gobierno de los Estados Unidos me suministraron información debido a que yo era funcionario del Departamento de Justicia, y me he sentido obligado a tratar esta información de un modo que no obstaculice las operaciones de esas dependencias o haga más difícil que en el futuro cooperen con otros fiscales. Por estas razones, pienso que en el libro no hemos

podido incluir ciertos incidentes que pudiesen revelar información reservada o perjudicar a fuentes de inteligencia. Insistí para que sometiéramos seis capítulos del manuscrito final a la Agencia Central de Inteligencia para que los revisaran, con lo cual quise asegurarme de que no habíamos revelado involuntariamente información reservada. Del mismo modo, varios funcionarios del Departamento de Justicia leyeron el manuscrito completo, para asegurarme de que no pudiera haber material de seguridad comprometido.

Aún cuando el asesinato de Letelier obedeció a motivos políticos, durante la investigación me esforcé al máximo para que el caso no tuviese carácter político. Hemos intentado escribir este libro con la misma orientación.

E.M.P.

Cuando Gene Propper y yo discutimos por primera vez la posibilidad de una asociación literaria en 1979, la idea no me atrajo en absoluto. Cualquier aventura en conjunto para publicar un libro presenta casi insolubles problemas de control y esta presentaba dificultades especiales, ya que Gene iba a ser tanto un coautor como un personaje principal. ¿Cómo íbamos a poder hablar con una sola voz en el libro? Cuando menos para mí iba a constituir un dolor de cabeza adicional tener que retratarlo a él objetivamente. Como en ese tiempo no lo conocía bien, pensaba que esto podía ser bastante espinoso. La mayoría de los funcionarios de Washington que conozco prefieren leer que se han comportado serena y racionalmente en todas las situaciones. Pero esto constituye una ofensa a la inteligencia de los lectores y hace que los personajes sean caracteres muy aburridos.

La posición de Gene como exfiscal del caso Letelier era inquietante por otra razón. El desempeño del gobierno durante la investigación Letelier fue, y aún es, un tema que se presta para controversias. Varios misterios e irregularidades quedaron sin explicación y diversos observadores externos sostenían que todo el caso fue manipulado por la CIA o la KGB. Bajo estas circunstancias, cualquier escritor que trabaja con un socio del gobierno corre el riesgo de ser tomado como un títere o un colaborador.

Le mencioné todas estas desventajas a Gene y él me hizo saber una cantidad igual de reservas que sentía con respecto a mí. Él se sintió especialmente perturbado por mi argumento jeffersoniano en el sentido de que una organización como la CIA constituye una amenaza a nuestra forma de gobierno.

A pesar de estos obstáculos, establecimos nuestra asociación, más o menos debido a una fe en que ellos podían vencerse. Realmente eso es lo que queríamos pensar. Desde el comienzo, compartimos la creencia de que la investigación Letelier es única desde un punto de vista histórico y también es un tema de interés tan magnético, tanto para un escritor, como para una persona que está dentro del gobierno, que la historia tenía que ser contada de todos modos. Por lo tanto, nos pusimos de acuerdo para dividir las responsabilidades y para tener la confianza en que podríamos ponernos de acuerdo en torno a los hechos.

Mientras la obra progresaba, mis dudas acerca de su viabilidad se disiparon. Gene pasó incontables horas conmigo, examinando

sus registros y notas personales. Me presentó a docenas de personas que, de no haberlo hecho, habrían sido reacias a hablar conmigo. Visité Chile, Paraguay, tres prisiones y numerosas ciudades norteamericanas para entrevistarme con mis propias fuentes, algunas de las cuales se habrían sentido reacias a hablar con Gene. A menudo, estas personas contradecían su versión de los acontecimientos; a su vez, él las contradecía a ellas.

Cuando me enteré, a grandes rasgos, de la historia de la investigación, Gene y yo vimos el modo en que algunas personas se juntaron con otras para discutir las discrepancias de hechos e interpretaciones. A veces dirigimos verdaderas mesas redondas, donde se originaron discusiones en las cuales las fuentes no vacilaron en señalar errores y debilidades que otros habían pasado a llevar. Estas sesiones fueron de un valor inestimable para mí, pues me sirvieron para describir a los personajes y me gusta pensar que nos acercamos a la verdad por medio de aproximaciones sucesivas.

El caso Letelier combina en sí muchos de los temas más candentes de nuestra historia reciente: terrorismo internacional, espionaje, asesinatos políticos, seguridad nacional y las acciones del sistema de justicia criminal. La mayoría de los ciudadanos tienen acceso a estos ingentes temas solo a través de pronunciamientos oficiales o novelas de fantasía. En este libro, hemos intentado mostrarlos tales como realmente fueron en este caso. La historia penetra en muchos mundos que eran totalmente ajenos para mí y que, sin lugar a duda, serán ajenos a la mayoría de los lectores. Vemos a funcionarios policiales luchando con sus informantes, terroristas maniobrando por temor a ser traicionados por sus mismos asociados, fiscales confundidos ante una mezquina burocracia, asesinos preocupados por la seguridad de sus familias y a los Intelectuales de Cóctel del FBI batallando contra los Rompepuertas.

Para que el lector tuviera un sentimiento de intimidad con estos y otros ambientes, escogimos un estilo narrativo, usando el diálogo y las citas directas cada vez que ello fue posible. Por cierto, no pretendemos que cada palabra se dijo exactamente como aparece aquí, pero sí estamos seguros de que el sentido sustancial de lo que se ha escrito corresponde a la verdad. Nos basamos en muchas notas y documentos contemporáneos con los hechos y,

por lo menos, hemos entrevistado a un participante en cada conversación que figura en el libro. He tratado de ser fiel a los estilos individuales de cada uno de los personajes.

Numerosos agentes e informantes desempeñan papeles en la historia y no todos son papeles gloriosos. Debido a que los informantes son personajes esenciales en la tarea de penetrar conspiraciones terroristas, hicimos esfuerzos especiales para mostrar exactamente cómo se comportaron en los episodios relacionados con la investigación Letelier. Este esfuerzo presentó problemas de seguridad, porque algunos de los informantes pueden sufrir una violenta retribución en caso de ser descubiertos. Por lo general, nos las arreglamos para proteger a aquellos que necesitan protección, sin alterar el registro de lo que dijeron o hicieron, pero nos vimos obligados a cambiar algunas circunstancias secundarias en dos o tres pasajes. No hemos usado seudónimos, excepto aquellos explícitamente identificados como tales.

Son muchos los cuentos que se cuentan aquí, pero todos ellos se refieren a dos historias principales; cómo ocurrieron los asesinatos y cómo se investigaron. La mayor parte del libro consiste en la investigación: el misterio y la cacería. Los hechos se presentan como Gene y los demás investigadores los conocieron a partir del 21 de septiembre de 1976, el día de la bomba. Asimismo, hay una serie de capítulos con antecedentes que cubren los acontecimientos que condujeron a los asesinatos. Estos capítulos se hallan entrelazados con los otros, pero se les reconoce fácilmente por las fechas, siempre anteriores a la investigación, y por la forma especial en que se encuentran escritos.

Hay muchas preguntas sin respuestas —tales como las que surgen con motivo al desempeño del Departamento de Estado, narradas en el capítulo 14— sobre las cuales no poseíamos suficiente conocimiento de los hechos como para permitirnos o permitir a nuestros lectores, llegar a conclusiones basadas en la información. En general, no hemos puesto opiniones retrospectivas acerca de aquello que estuvo bien o mal o acerca de lo que se hizo de modo incorrecto. Los hechos habitualmente hablan por sí mismos y nuestra crónica de los sucesos es bastante complicada como para agregarle el peso del análisis especulativo.

Esto no significa que no tengamos opiniones firmes. El terrorismo de Estado es un asunto monstruoso y cobarde que siembra

muchas formas de corrupción. Cuando aquellos que dirigen ejércitos, subrepticamente asesinan a extranjeros que apenas tienen su propia voz y sus manos, revelan un aspecto especialmente deforme de la naturaleza humana. Cuando tales asesinatos quedan impunes, ello constituye un permanente ultraje a nuestra sociedad.

El caso Letelier, en su mayor parte, se resolvió gracias a una improvisada combinación de personas rebeldes poco ortodoxas. De alguna manera, se trata de un hecho que causa tristeza, porque ello constituye una demostración de que muchos funcionarios de gobierno no sienten suficiente amor por su trabajo como para correr riesgos personales y cargarse de responsabilidades, aun cuando un crimen tan bestial como el que se cometió requiere que ellos se comporten de ese modo. Por fortuna, hubo en esta historia un número suficiente de funcionarios que estaban dispuestos a arriesgar un noventa por ciento de fracaso personal y el ridículo, contra un diez por ciento de justicia. Un funcionario policial malo es mucho más dañino para una sociedad que un mal poeta, pero uno bueno es casi tan inspirador como un gran poeta. A estos rebeldes poco ortodoxos les presento, como ciudadano, mi más hondo respeto.

T.B.
Washington, D.C.
5 de septiembre de 1981

•

Índice

Agradecimientos	19
-----------------------	----

Prólogo

Laberinto: el atentado y la búsqueda de su significado.

JUAN GABRIEL VALDÉS	21
---------------------------	----

Personajes principales	25
Capítulo 1. Conmoción	29
Capítulo 2. El dilema del embajador	44
Capítulo 3. Reacción	61
Capítulo 4. El fiscal	74
Capítulo 5. La sangre llega al río	100
Capítulo 6. Un equipo de extraños	114
Capítulo 7. Las primeras pistas	151
Capítulo 8. El espía muerde el anzuelo	188
Capítulo 9. La caída de Cornick	230
Capítulo 10. El teléfono no para de sonar	275
Capítulo 11. El cachorro de chacal	317
Capítulo 12. Alarma en los bajos fondos	335
Capítulo 13. Dos años en las catacumbas	396
Capítulo 14. Otoño cuesta abajo	425
Capítulo 15. La chispa	482
Capítulo 16. Confrontación	523
Capítulo 17. Un <i>bluff</i> y una plegaria	601
Capítulo 18. El círculo se cierra	646
Capítulo 19. Repercusiones continuas	687

AGRADECIMIENTOS

Más de un centenar de personas contribuyeron con ideas, sugerencias, información y otras formas de ayuda en este proyecto. La mayoría de ellos no desea que se les agradezca públicamente al mencionar su nombre, porque nuestro tema —terrorismo e investigación criminal— es un tema que exige discreción. De todos modos, deseamos agradecer a nuestras tímidas fuentes. Ellas contribuyeron con muchos cientos de horas y una gran cantidad de conocimiento experto, sin los cuales este libro no habría sido posible.

No obstante, podemos reconocer a algunas de las fuentes en que nos basamos para el material de los capítulos 2 a 4, que describen hechos no confidenciales en las fechas de los asesinatos de Letelier y Moffitt. Por la ayuda en la preparación de esos capítulos, agradecemos a William Richard (“Skip”) Bingham Jr., examinador médico jefe del Departamento de Bomberos de Columbia; Dr. James L. Luke, examinador médico jefe del Distrito de Columbia; Thomas A. Gibson, de la División Unifomada del Servicio Secreto de los Estados Unidos; Carter Cornick, Al Seddon y Nick Stames, de la Oficina Federal de Investigaciones (FBI); Don Campbell, Charles Roistacher y Earl J. Silbert, de la Oficina del procurador del Distrito de Columbia de los Estados Unidos; y C. A. Hebron, Walter Johnson, Joseph O’Brien, Michael Pickett y Stanley Wilson, del Departamento Metropolitano de Policía en Washington.

Agradecemos a Robert Keuch por haber contado con sus puntos de vista y al fiscal asistente de los Estados Unidos, Lawrence Barcella Jr., por su generosa contribución en cuanto a tiempo y apoyo. También estamos agradecidos a la Oficina de Asuntos Congressales y Públicos del FBI por organizarnos entrevistas con numerosos empleados del FBI que trabajaron en la investigación Letelier.

Nuestro agente George Diskant, llevó a cabo de modo perfecto la parte práctica de este proyecto.

Nancy Branch aportó innumerables horas para transcribir algunas de nuestras entrevistas grabadas magnetofónicamente. Lynn Warshow trabajó rápida y eficientemente por copiar y editar un largo y difícil manuscrito.

Susan Leon y Flavia Potenza siempre reaccionaron con amabilidad y eficiencia cuando las llamamos transmitiéndoles la ansiedad que nos producía nuestro trabajo. Agradecemos a Karen De Young, Jim Lobe, Karl Maler, John Rothchild y Marlise Simons por su asistencia y el parecer que nos brindaron.

Nuestro manuscrito fue mecanografiado usando el sistema de procesamiento de palabras Barrister 300. Deseamos agradecer al estudio de abogados Lane y Edson, P.C., de Washington, de la cual Eugene Propper es miembro, por el uso que hicimos de sus equipos. Estamos agradecidos de Janet Tudor por sus incansables y generosos esfuerzos para computarizar el manuscrito. Y agradecemos a todos aquellos que nos ayudaron en el centro de procesamiento de palabras de Lane y Edson, especialmente a Irene Bopp, Ronnie Joliat, Patricia Rosetti, Diane Williams y Sandy Zier.

Finalmente, agradecemos a nuestra editora, Amanda Vaill. Su energía, confianza y respaldo nunca disminuyeron durante los dos años que trabajamos juntos. Ella nunca tuvo dudas acerca de la necesidad de este libro ni acerca de nuestra capacidad para completarlo. Sin ella, este libro habría tenido muchos más defectos que los que tiene.

PROLOGO

Laberinto: el atentado y la búsqueda de su significado.

JUAN GABRIEL VALDÉS

El asesinato de Orlando Letelier y de Ronni Moffitt en la mañana del 21 de septiembre de 1976, no fue el crimen más atroz cometido por la dictadura cívico-militar chilena; hubo otros aún más crueles y brutales, pero ninguno fue tan decisivo para la estabilidad y la sobrevivencia política de la dictadura como la detonación de una bomba bajo el automóvil de Letelier, realizada por encargo de la Dirección de Inteligencia (DINA) de Chile, en Massachusetts Avenue, la más elegante avenida de Washington. A partir de ese crimen y la investigación policial que le siguió, la mirada complaciente —cuando no cómplice— que prestaban los gobiernos republicanos a Pinochet, se tornó en molesta, luego alarmada, y finalmente, varios años más tarde, en abiertamente hostil.

Diez años después del asesinato, en noviembre de 1986, un memorándum que forma parte de los documentos desclasificados que la Casa Blanca entregó en 2018 al gobierno de Chile, registra el momento preciso en que la alarma que provoca en gobierno norteamericano la inmovilidad política de la dictadura, se ha transformado en abierta hostilidad hacia Pinochet. En una reunión del Consejo de Seguridad Nacional, el Presidente Ronald Reagan propone una visita suya “de Estado” a Santiago, en la que luego de reiterar al dictador los agradecimientos de los Estados Unidos por “haber salvado a Chile”, se le indique claramente que ya es hora de iniciar una transición democrática en el país. Según el memorándum, George Schultz, su secretario de Estado, reacciona de inmediato diciendo: “de ninguna manera, Señor Presidente, este hombre tiene las manos llenas de sangre. Ha hecho cosas monstruosas”. Y como prueba de sus dichos, Schultz encarga a la CIA un informe completo sobre el atentado de Sheridan Circle. El 1 de Mayo de 1987, la agencia de inteligencia emite un informe destinado entre otros a la Casa Blanca, en el que confirma categóricamente las afirmaciones del Secretario de Estado: “Una

revisión de nuestros archivos sobre el asesinato de Letelier —dice la CIA— ha arrojado lo que consideramos pruebas convincentes de que el presidente Pinochet ordenó personalmente a su jefe de Inteligencia llevar a cabo el asesinato”.

Es probable que nada de esto hubiese ocurrido de no haberse llevado a cabo la extraordinaria investigación policial que Eugene Propper, el fiscal que la condujo, y Taylor Branch, el reputado periodista e historiador, relatan en este libro que, al cumplirse 50 años del crimen, ha tenido el acierto de publicar nuevamente en español la editorial Planeta.

Con la velocidad propia de una novela policial, *Laberinto* expone los avances y las frustraciones de los investigadores del crimen que, desde la recopilación inicial de antecedentes en Washington, deben transitar por rutas para ellos desconocidas e inesperadas, y que luego, una vez confirmado el origen internacional del crimen, se tornan aún más oscuras y tortuosas, obligando a los investigadores a penetrar una cortina de mentiras, pistas falsas y corrupción tendida por el régimen chileno, uno al que las autoridades en Washington describían como “amigo de los Estados Unidos”. La investigación, iniciada minutos después de la dolorosa muerte de Orlando Letelier y de su colega Ronni Moffitt, y descrita en páginas que resultan muy duras de leer, pone de inmediato en descubierto la compleja relación entre las agencias norteamericanas involucradas, así como la perplejidad que produce en todas ellas, la constatación que el crimen tiene complicaciones internacionales muy difíciles de desentrañar.

El libro es también la historia del joven fiscal asistente Eugene Propper, a quien el Departamento de Justicia de los Estados Unidos entregó la jefatura de la investigación. Sin experiencia en relaciones internacionales, ni mayor conocimiento de las intrigas golpistas que involucraron a Washington con América Latina en los años 70, y menos aún de las políticas de las dictaduras que nacieron de aquellas, Propper y el grupo de notables figuras del FBI que le secundan, entre las cuales destaca el agente federal Carter Cornick, avanzan en un principio a tientas, exploran un camino y luego otro, escuchan con cierta consternación el ruido político que el crimen ha producido en la prensa y la política de Washington, observan las miradas contrapuestas de las víctimas y de los defensores de Pinochet en Estados Unidos, logran sobre-

ponerse a los conflictos burocráticos entre sus agencias, hasta encontrar finalmente las pistas que señalan claramente a la policía secreta de Pinochet y a sus aliados terroristas cubanos en los Estados Unidos, como los responsables directos de los asesinatos.

Fui testigo directo de las dudas y desconfianzas que la investigación oficial produjo en un inicio en los amigos y colegas de Orlando en el Instituto, en especial los chilenos, su esposa Isabel Morel y sus ayudantes: Waldo Fortín y quien escribe este prólogo. Recuerdo como si fuera hoy la indignación y la negativa de los líderes del Institute of Policy Studies,¹ Marcus Raskin, Saul Landau y Dick Barnet, a permitir la entrada del FBI al Instituto para revisar sus oficinas. En los americanos la desconfianza surgía de una historia de acoso de la policía federal contra el Instituto y cada uno de sus miembros desde las épocas de su oposición a la guerra de Vietnam. En los chilenos no provino de las entrevistas que nos solicitó el FBI, algo completamente normal en las circunstancias, sino de los interrogatorios que, pretendiendo neutralidad, admitían preguntas basadas en las hipótesis más descabelladas y alejadas de lo que sabíamos era la realidad. Ni nosotros ni nuestros amigos norteamericanos podíamos reponernos aún del *shock* que nos había producido la muerte de Orlando y Ronni. Fue en el transcurso de los meses que comenzamos a apreciar la integridad con que Propper y sus amigos del FBI estaban conduciendo el proceso.

La publicación de *Laberinto* tiene una enorme importancia para la conservación de la memoria histórica de Chile. Hoy adquiere una renovada importancia observar Chile desde afuera, tal como lo hacen Taylor Branch y Eugene Propper, y considerar cuánto hemos cambiado y cuánto todavía arrastramos como sociedad de aquella época en que la mentira y el engaño caracterizaban el actuar del Estado, y en que un grupo de civiles y militares creían posible esconder cualquier crimen en cualquier parte del mundo. De la misma manera, la historia consignada en este libro destaca la integridad de un grupo de investigadores, abogados y policías norteamericanos que están decididos a sortear cualquier obstáculo para llegar a la verdad y la justicia, y que lo hacen sin propósitos secundarios, sino simplemente porque es su

1. Instituto de Estudios Políticos, IEP, en este libro.

deber. Hoy, cuando en los Estados Unidos se relativiza el concepto de verdad y de justicia, se acomoda políticamente el respeto a la ley y parece olvidarse el valor de los derechos humanos más esenciales, la historia *Laberinto* adquiere un valor especial: nos muestra las reservas morales que siguen vivas en el país.

Por último, es una coincidencia muy extraordinaria que la publicación de *Laberinto* coincida en el tiempo con la decisión de la ministra en visita de causas de derechos humanos de la Corte de Apelaciones de Santiago, Paola Plaza González, de condenar a tres exagentes de la Dirección de Inteligencia Nacional (DINA) por el homicidio calificado de Ronni Karpen Moffitt. Tras cincuenta años del crimen se cumple el deber de justicia. El paso del tiempo ha curado el dolor, muchos de quienes sufrieron con esta historia ya se han ido, pero la muerte de Ronni a manos de la DINA simboliza, por una parte, la estrecha relación del mal que azotó a Chile con los Estados Unidos, y encarna por sobre aquello los miles de jóvenes norteamericanos que en esa época lo comprendieron, y salieron a las calles, a las universidades y al Congreso de los Estados Unidos a exigir el fin de la relación de Washington con la dictadura de Pinochet y el retorno de la democracia en Chile. Con ellos, una deuda eterna de gratitud.